

DON QUIJOTE



ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

EL QUEMADERO

«Ayer fueron destruidos en el quemadero municipal más de cien kilos de carne y otros tantos de pescado que se hallaban en malas condiciones para el consumo.»

¡El quemadero! ¡Qué visiones de grandeza y de gloria no despierta esta palabra en la fantasía de todo español puro y neto! ¡Qué visiones!

Primero es la solemne procesión: el estandarte verde de la fe llevado entre cirios y partesanas por un grande de España; buen golpe de robustos dominicos rezando por lo bajo temerosos respuestas; el rebaño de los condenados, vestida la hoga simbólica de diablos y llamas.

Luego la plaza Mayor, vistosamente engalanada para la fiesta; las tribunas elevadas para los santos inquisidores; los balcones adornados de brillantes colgaduras; formado el concurso por la flor de la hermosura y de la gallardía, y el rey católico presidiendo el acto, rodeado de toda su corte.

Y, en fin, allá en las afueras, cerca de una de las puertas que dan acceso a la villa, un recinto circundado por centinelas, una gran pira de leña seca, los cuerpos de los herejes sujetos sobre la pira, el humo que se eleva, la llama que surge, el cuerpo humano que se retuerce en espantosas convulsiones, el alarido que arranca un suplicio sin nombre, el olor de la carne que arde, el chisporroteo del brasero que lentamente se consume, mientras la plebe devota, llena de hambre y de fe, pulula en torno, mal contenida por los cintarazos de los esbirros, acompañando con dicharachos y cuchufletas los tormentos y la agonía de los supliciados.

¡Ah! ¡Aquello sí que era serio! ¡Aquello sí que era grande!

Y ahora, ¡qué decadencia! No es el cuidado de las almas el que inspira a la autoridad, sino la solicitud por los intereses periclitados de la salud del vecindario. No es el Santo Oficio quien juzga y condena, sino un teniente de alcaldía celoso a intervalos. No son el rey y la corte y los grandes y las damas y el pueblo todo los que concurren al acto, sino unos cuantos dependientes subalternos del municipio. No es la hereja en persona la que se quema en la hoguera, sino un poco de carne averiada o de pescado descompuesto. Del quemadero de antaño al quemadero de ahora va toda la distancia que separa la grande España del pasado de la pequeña del presente.

Poco importaba a nuestros antepasados comer porquerías. Sabían ellos que el cuerpo frágil y corruptible, envoltura mortal del alma que no muere, no merece atención ni cuidados. Hasta el aseo era por aquel entonces sospechoso, y el olor a limpieza distaba mucho del olor a santidad. Por eso el microbio se cebaba cruelmente en aquellas generaciones místicas. ¡Ah! pero en cambio, ¡qué celo, qué ardor cuando se trataba de la limpieza del alma! ¡Qué minuciosa solicitud para espulgar la conciencia ajena! ¡Qué implacable energía para destruir los focos de la peste herética y evitar la propagación y el contagio!

Ahora es lo contrario. Se teme más a la tenia que al error, y más a la triquina que al pecado. Se emplea el fuego purificador en aniquilar el germen morboso que amenaza la salud del cuerpo. Hombres *ad hoc*, provistos de microscopios y reactivos, examinan manjares y bebidas en busca del microorganismo patógeno o de la sofisticación nociva. Y en tanto la ponzoña moral circula libremente, la atmósfera se carga de herejías, la epidemia del descreimiento cunde y se propaga entre las almas, y no hay en toda la haz de la Península una mala fogata de sarmientos en que tostar a un ateo.

Por dicha, mal tan hondo no puede ser duradero. Escrito está que no prevalecerán las puertas del infierno. Ya el propio liberalismo, espantado de su obra, comienza a perseguir las ideas. El alto espíritu de Torquemada late siempre en el fondo de nuestro genio nacional. Los partidarios de nuestro glorioso pasado se aprestan al combate. Esperemos, que no ha de transcurrir mucho tiempo sin que podamos contemplar beatamente a la llama purificadora devorando cuerpos de herejes en vez de emplearse en reducir a cenizas sardinas putrefactas o chorizos de jumento. Aquel día la patria volverá a ser grande... a su modo.

ALFREDO CALDERÓN

DIOS

(Trozo de *La Eterna Vida*).

¡Sin Dios! ¡Sin un creador esos innumerables mundos que no puede abarcar la más loca fantasía! ¡Sin un legislador la naturaleza sometida, en sus ínfimos detalles, a inflexibles leyes! Nebulosas decimos que engendraron el sol y los planetas: ¿de dónde salieron? ¿Cómo entraron en ese movimiento de relación que, a nuestro juicio, las convirtió en fuego, en agua, en rocas? Habían de llevar consigo los gérmenes de todo ser y de toda vida: ¿dónde los adquirieron? Me explico por el sistema de Darwin la progresión de la vida, no el origen...

¡Sin Dios! ¡Sin paraíso! ¡Sin infierno! ¡No tendrán, pues, castigo los que vivieron gozando del fruto de sus maldades, ni recompensa los que se sacrificaron por nobles causas? ¿Quién arrostrará entonces el martirio? ¿Quién no buscará por medios ilícitos el disfrute de los bienes de la tierra? La moral se viene abajo.

¡Sin Dios! Voltaire, el más osado de los filósofos, reconoció que lo había. Kant lo negó en su «Crítica de la razón práctica.» Comte, con haber fundado la religión de la Humanidad, no se atrevió a negarlo. Aunque dándole distintas formas, lo adoraron los pueblos todos de la tierra. Han sido siempre pocos los ateos. ¿Se habrá engañado en los siglos de los siglos nuestro linaje?

No es realmente fácil concebir un ser sin principio ni fin, creador de cuanto existe; ¡lo es más concebir sin principio ni fin el mundo, todo mudanzas!

¡El espacio! He aquí el escollo. Si fué obra de Dios, ¿dónde estaba Dios antes que espacio hubiera? ¿Ni dónde pudo sacarlo? De espacio necesitaban las primeras nebulosas para existir y rodar sobre sus ejes...

¿No podré nunca desvanecer mi duda? No sin la fe, dicen los teólogos. ¿Puedo acaso afirmar lo que mi razón no afirma? Por tu razón, replican, no rasgarás nunca el velo que te cubre la verdad que indagas. Y ¡sí por la fe! He leído la Biblia, y he casi negado a Dios; tales son los desatinos que entre muchas verdades contiene. No puedo ver un Dios en Jehová, no lo puedo ver en Cristo...

¡Oh Dios! ¡oh Dios! Si existes, ¿por qué no te dejar ver de los hombres? Cruzaras tú el horizonte, aunque fuese en el carro que los profetas describieron, y todos te reconoceríamos y te adoráramos. ¿Por qué rindieron culto al sol tantas y tan distintas gentes sino porque le veían despidiendo luz, calor y vida sobre la obscura tierra? Dicen que quieres que te veamos en tus obras: ¿por dónde sabemos que son tuyas? Si, este es el problema, esta es la cuestión que me preocupa.

Por no haberte dejado ver de nadie, quiénes te concibieron hombre, quiénes monstruo, quiénes en la plenitud de la vida, quiénes anciano, quiénes uno, quiénes trino, quiénes obrando por ti, quiénes por divinidades inferiores, por espíritus o númenes.

¿Quién eres, por fin, tú? ¡Ay! Lo ignoran los filósofos de todas las escuelas y los sacerdotes de todos los cultos. Ninguno te ve más que por los ojos de la fantasía; ninguno te define sino por una serie de negaciones.

¿Y creo aún en Dios? Ni creo, ni descreo: siempre la duda.

F. PÍ Y MARGALL.

LOS PADRES DE LA PATRIA

Ven conmigo, pueblo honrado, ven conmigo, pobre pueblo, voy a llevarte a la corte, voy a llevarte al Congreso. Hoy es gran día... ¡gran día! se anuncia que habrá *jaleo*, porque uno dijo que blanco no era lo mismo que negro; y otro dijo que lo azul era de color de cielo, y que rojo y amarillo son dos colores opuestos. Fíjate bien en la sala. ¡Qué brillantísimo aspecto! Todos tus representantes ocupan graves sus puestos; llenas están las tribunas;

los escaños están llenos... pero, en cambio, ¡qué vacíos están algunos cerebros!... Orden del día para hoy: «Perder tontamente el tiempo.»

Ya la discusión comienza; fíjate bien, noble pueblo. Charlando están por los codos; se miran con aire fiero, se dirigen alusiones que sólo tienen el mérito de la inoportunidad; se lanza el insulto, envuelto en palabra elegantísima; se dicen frases de efecto; se acciona con ambos brazos, y se chupan caramelos...

Y después de siete horas de gritos y de aspavientos, campanillazos y voces, discursos y otros excesos, viene a resultar que blanco no fué nunca igual que negro, que el azul es el color que siempre ha tenido el cielo, y que rojo y amarillo son dos colores opuestos... De los treinta días del mes veintinueve pasa esto, y a cualquiera se le ocurre preguntar con hondo duelo: —¿Este es recinto de leyes ó es acaso un gallinero?

Ven conmigo, pueblo honrado, ven conmigo, pobre pueblo, voy a llevarte otra vez a visitar el Congreso. Fíjate bien en la sala...

¡Qué soledad! ¡qué silencio!... Una voz débil se escucha: Discusión de presupuestos.

Transcurren quince minutos y continúa el silencio...

Doce diputados hay...

¿están rezando ó durmiendo?

Por fin se levanta uno,

y, con apagado acento,

habla de sumas y restas,

y de gastos, y de ingresos,

de déficit, de ruina,

de escandalosos dispendios...

Como si oyeran llover

le escuchan sus compañeros;

uno mira hacia la puerta,

el otro mira hacia el techo,

otra piensa en que es mejor

Lagartijo que Frascuelo,

y otro, en fin, se repantiga

sobre su cómodo asiento

y entrégase en cuerpo y alma

al hermoso dios Morfeo.

¡Ni un solo ministro hay

en el banco del gobierno!...

Al ver soledad tan grande,

al observar tal silencio,

a cualquiera se le ocurre

preguntar con hondo duelo:

—¿Este es recinto de leyes

ó es acaso un cementerio?

—

Ya lo sabes, pueblo honrado,

ya lo sabes, pobre pueblo,

los que, al mendigar tus votos,

humildes te promovieron

mirar por tus intereses

cual si fueran los de ellos,

han olvidado, y olvidan,

y olvidarán—¡si no al tiempo!—

sus más sagrados deberes,

tus más sagrados derechos.

Sólo van a las sesiones

cuando les conviene hacerlo;

ocupan sus largos ocios

en la petición de empleos

para parientes y amigos;

si los buscas, ten por cierto

los hallarás en los toros,

en el teatro, en paseo,

en el club, en cualquier parte

que no se llame Congreso...

¿Hasta cuándo has de ser tonto?

¿Hasta cuándo, pobre pueblo?

LA CAUSA DE NUESTROS MALES

Un ermitaño vivía en el bosque, sin temer a las fieras salvajes. El anacoreta y las fieras conversaban juntos y se comprendían.

Un día el ermitaño habíase tendido a la sombra de un añoso y corpulento árbol, y a su lado hallábanse también sesteando un cuervo, una paloma, un ciervo y una serpiente; los cuales comenzaron a disertar acerca del origen del mal en el mundo.

El cuervo decía:—Del hambre viene el mal. Cuando comes con arreglo a tu apetito y reposas sobre una rama, todo te sonríe y te parece bueno y alegre; pero quédate tan sólo dos días en ayunas, y no te sentirás con valor para admirar la Naturaleza. Te sientes agitado y no puedes estar quieto en ninguna parte y no tienes un momento de reposo; si te se presenta un pedazo de carne a tu vista, muchísimo peor; te lanzas sobre él sin reflexionar. En vano es que te amenacen con un palo, que te lancen piedras; en balde te acometen perros y lobos, tú no le sueltas. ¡A cuántos ha matado el hambre de esta manera entre nosotros! Todo el mal viene, pues, del hambre.

La paloma decía:—Para mí el mal no proviene del hambre, sino del amor. Si viviésemos aislados, no sufriríamos tanto; por lo menos padeceríamos nosotros solos, mientras que ahora vivimos en parejas, y quieres tanto a tu compañera, que no tienes un instante de reposo pensando siempre en ella. ¿Ha comido? ¿Tiene bastante abrigo? Y cuando se aleja algo de ti, entonces te sientes perdido por completo; te mortifica el pensamiento de que el gavián se la ha llevado y que ha sido cogida por los hombres.

Y vas en busca suya, y caes en peligro, ora entre las garras del temible gavián, ora entre las mallas de una traidora red.

Y si tu compañera se ha perdido, no comes, no bebes, no haces otra cosa que buscar y llorar. ¡Cuántos de los nuestros han muerto de ese modo! Todo el mal viene, pues, no del hambre, sino del amor.

La serpiente decía:—No; el mal no proviene ni del hambre ni del amor, sino de la maldad. Si viviésemos tranquilos, si no buscáramos molestias, todo iría perfectamente; mientras que por el contrario, si se hace alguna cosa contra tu gusto, te enfadas y todo te ofusca, y entonces como loco no haces más que silbar y retorcerte, tratando de morder a alguien. Y no sientes piedad por nadie; morderías a tu padre, a tu madre, te comerías a ti mismo, y tu propio furor acaba por perderte.

Todo el mal viene, pues, de la perversidad.

El ciervo decía:—No; ni de la perversidad, ni del amor, ni del hambre viene el mal. Su origen está en el miedo; de no existir éste, todo iría bien.

Nuestros pies son ligeros en la carrera, pero nos falta vigor. De un animal pequeño podemos defendernos con los cuernos y las patas; de uno grande podemos huir; pero lo que no podemos es no tener miedo. Si una rama se mueve en el bosque, si alguna hoja se mueve, el espanto te hace temblar; tu corazón empieza a latir como si quisiese saltar del pecho y tú echas a correr, huyendo como una flecha. Otras veces es una liebre que pasa, un pájaro que agita sus alas o un fruto que cae, los que te hacen correr creyéndote perseguido por un animal feroz y, huyendo del imaginario peligro, vienes a caer en él.

En ocasiones para evitar a un perro, vas a dar con el cazador; en otras, dominado por el miedo, corres sin saber hacia dónde, das un salto, y ruedas en un precipicio, en el que encuentras la muerte. Duermes con un ojo abierto, intranquilo, siempre alerta, siempre poseído de espanto. No hay paz posible: todo el mal viene, pues, del miedo.

Entonces dijo el ermitaño:—No es del hambre, ni del amor, ni de la perversidad, ni del miedo de donde provienen nuestras desgracias. De nuestra propia naturaleza viene el mal, pues ella es quien engendra el hambre, el amor, la perversidad y el miedo. La causa, pues, de todos nuestros males, es nuestra propia naturaleza.

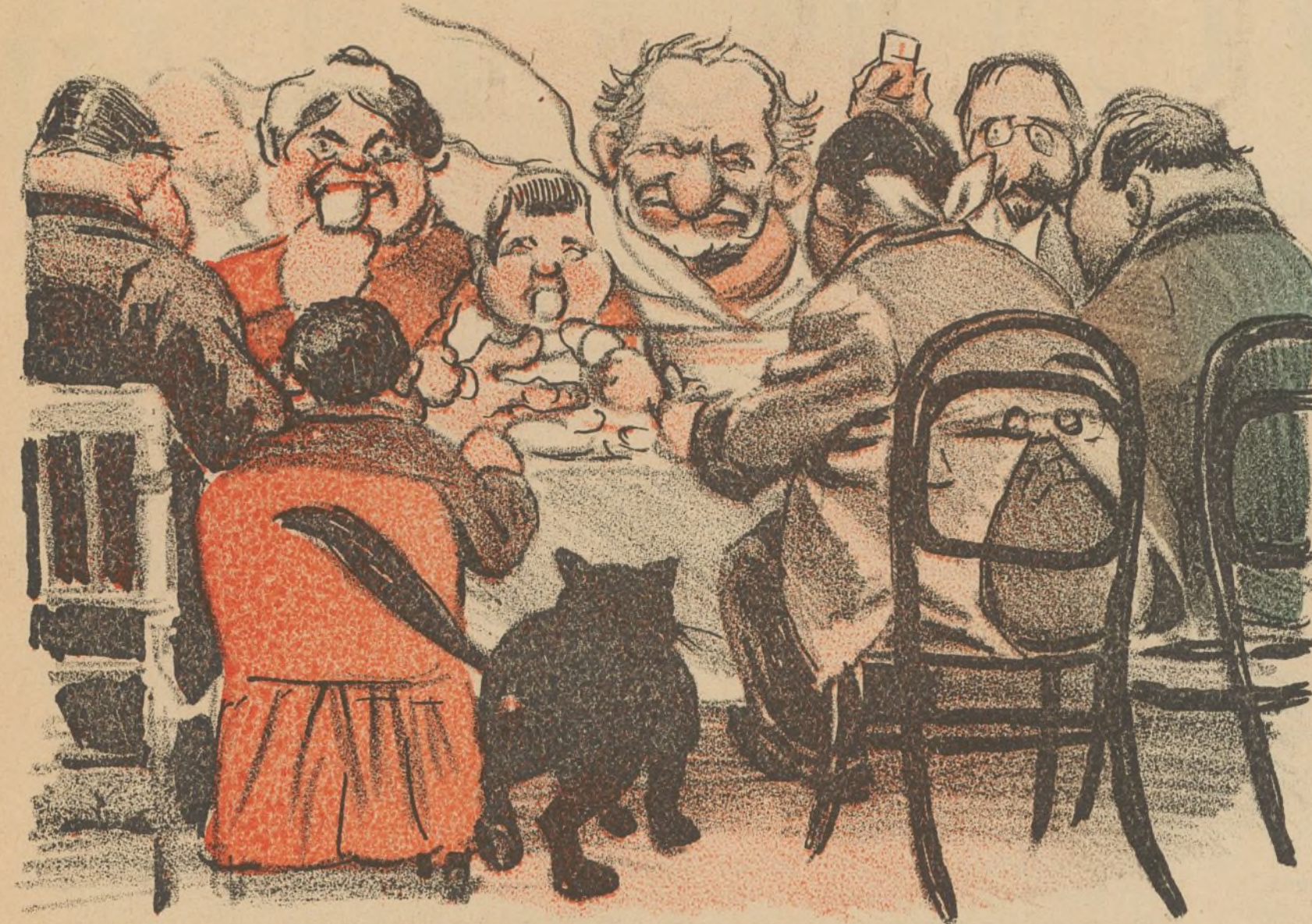
LEÓN TOLSTOI

LA DIRECCIÓN DE LOS GLOBOS

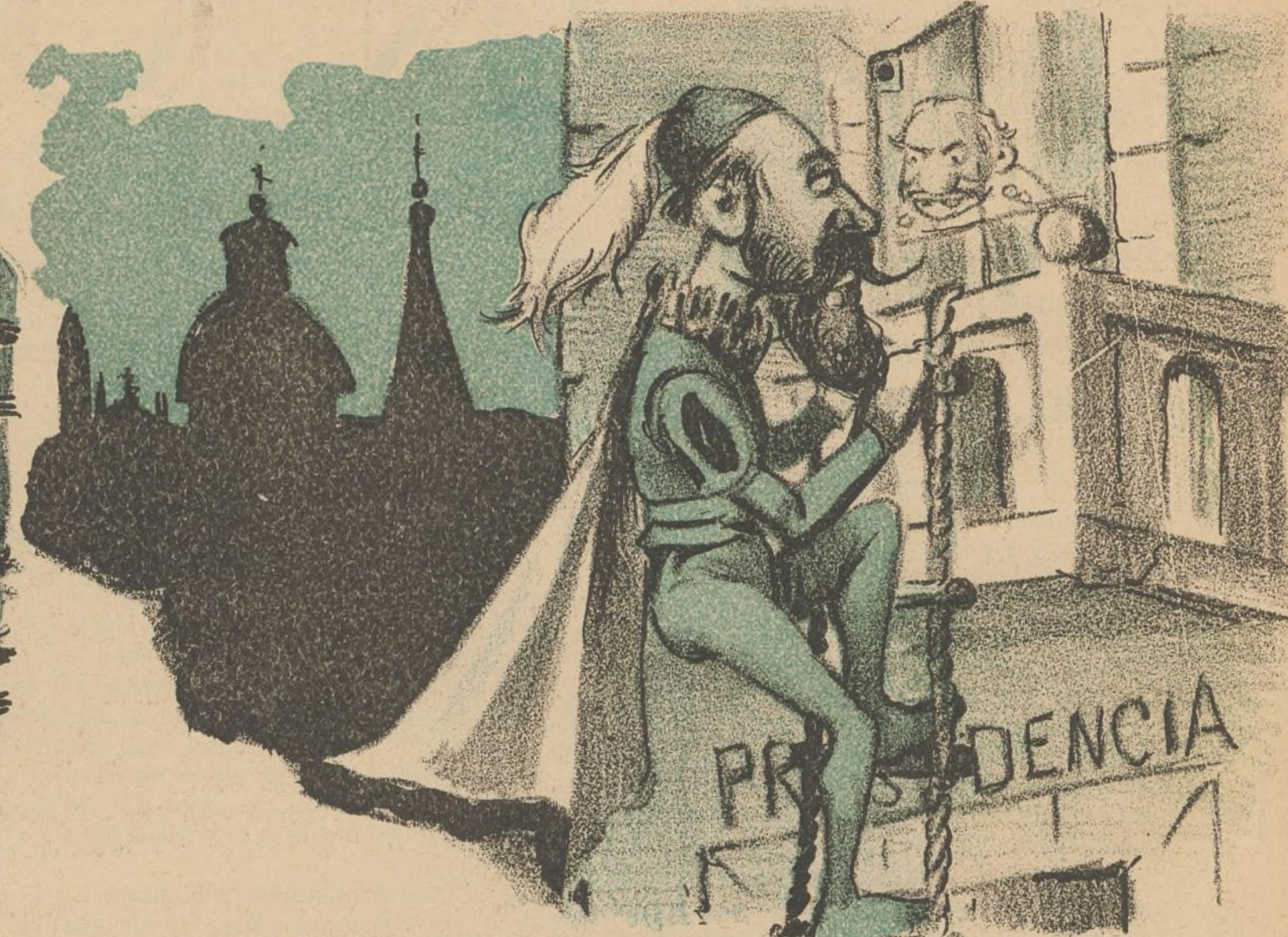
Dicen que se ha inventado la dirección de los globos. Si esto es cierto, la plenitud de los tiempos se acerca a pasos de gigante.

DON QUIJOTE

CÓMO PASAN LAS PASCAS NUESTROS POLÍTICOS



Sagasta.—Atracándose de turrón en compañía de su numerosa familia y amigos.



Moret.—Como Romeo: esperando que le abra la ventana su Julieta.



Villaverde.—Soñando con sus pasados amores de allá del 69.



Romero Robledo.—Ensayando posturas.



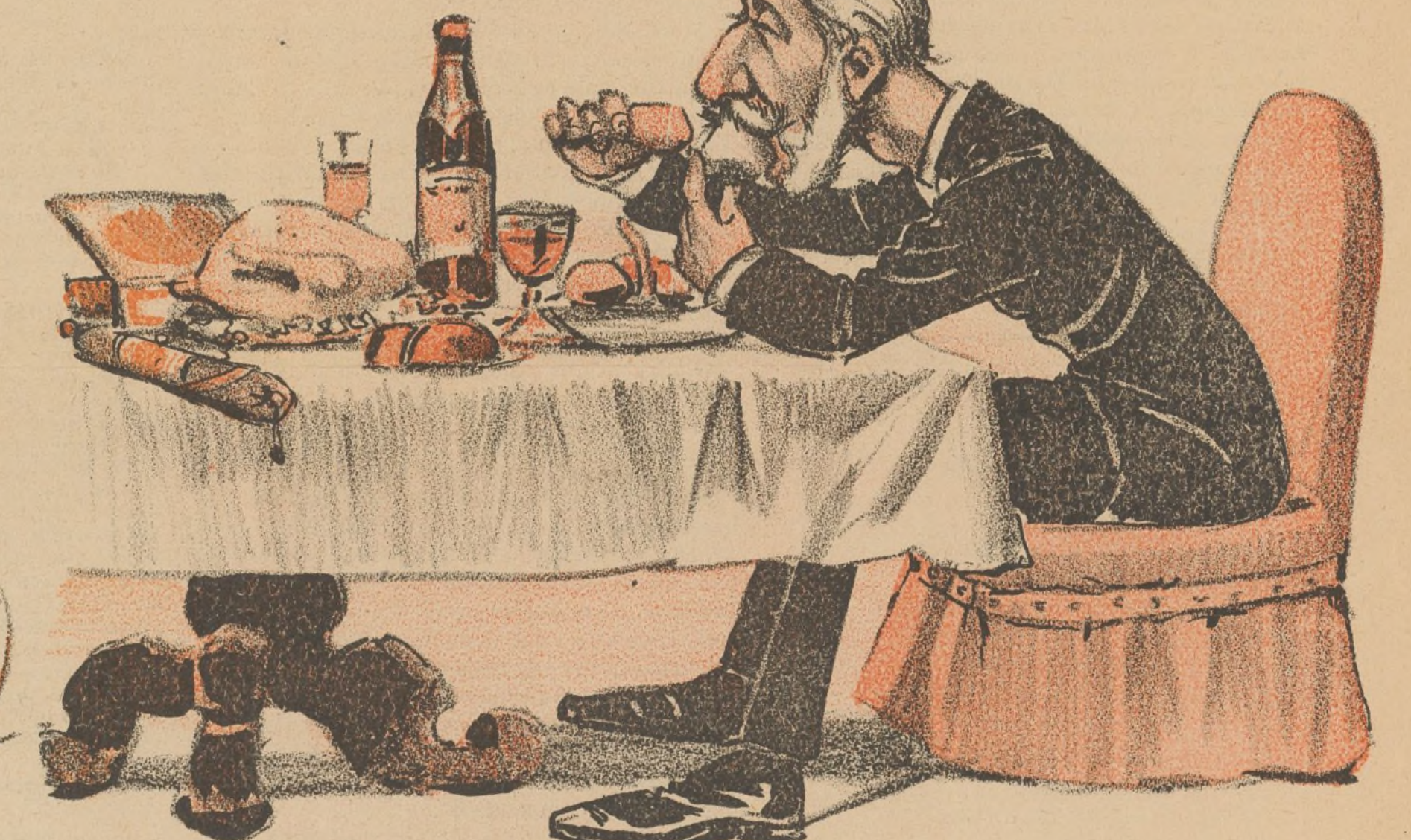
Canalejas.—Preparándose para dar el golpe.



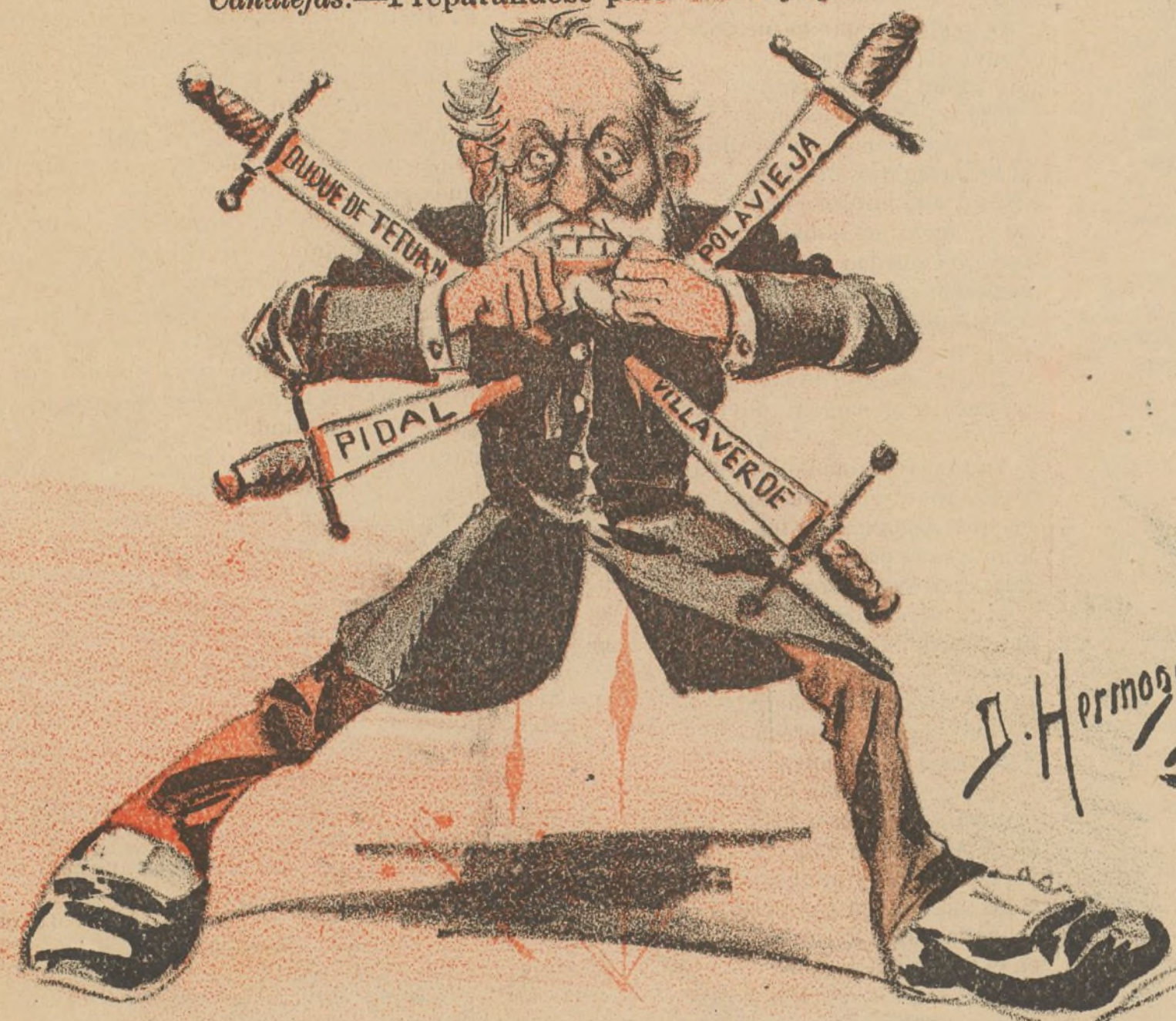
El Obispo Casañas.—Mal, porque no le dejan vivir los remordimientos.



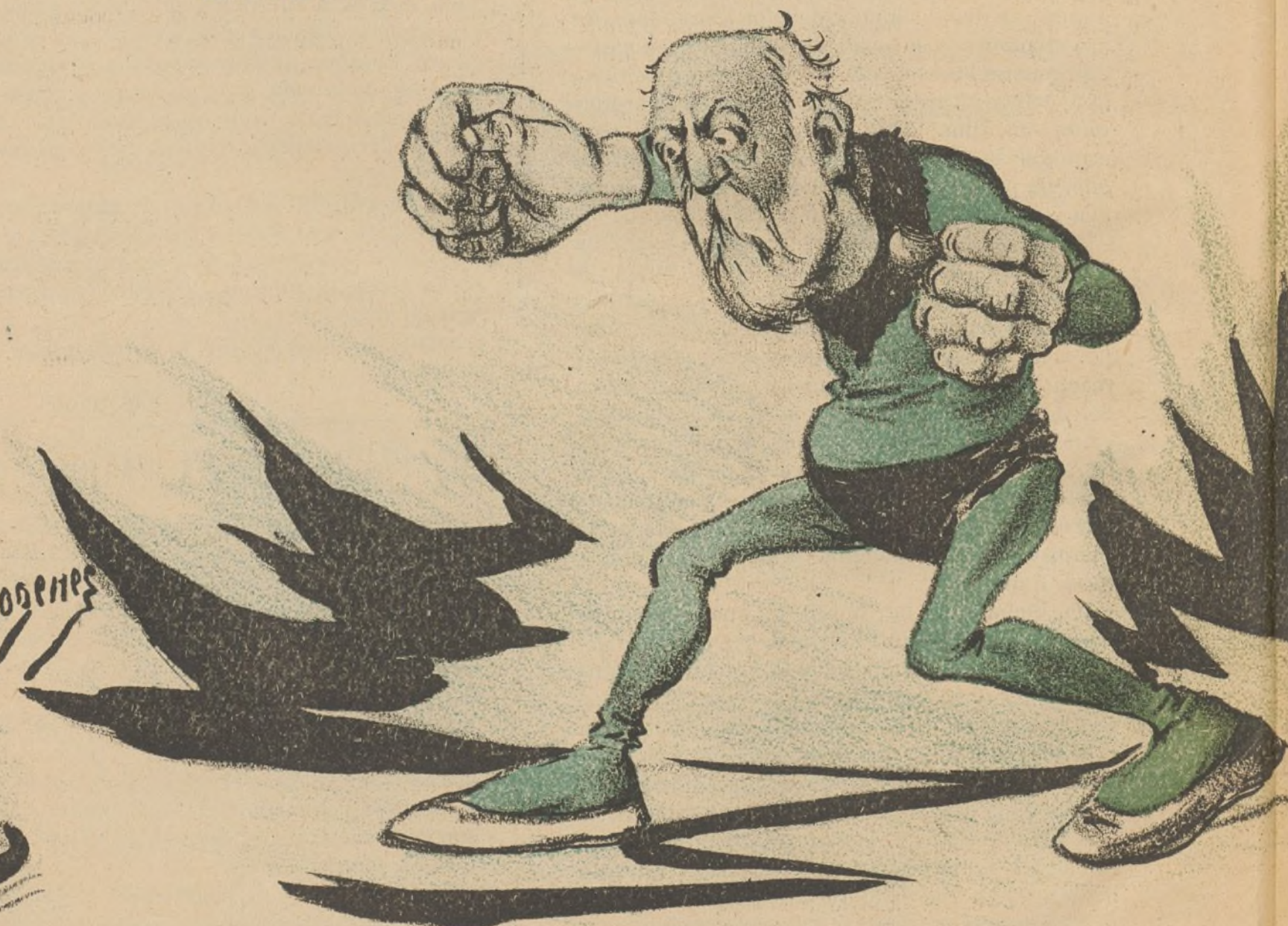
Weyler.—Muy tranquilo, esperando los acontecimientos.



Maura.—Pensando siempre en el difunto.



Silvela.—Mordiéndose los puños de rabia y rechinando los dientes porque le han quitado el pecho.



Duque de Tetuán.—Peleándose hasta con su sombra.



Pidal y Mon.—Pidiéndole á Dios que no le quiten el cacicato de Asturias, ni la embajada de Roma.



D. Carlos.—Muy ricamente, como pueden ustedes ver.

¿Habéis pensado, hombres de lo antiguo, lo que significará el poseer un vehículo aéreo? ¿Comprendéis el alcance de eso, que haría realidad la fábula risible de *Clavileño*? Pues oid, y espantáros, ó, mejor dicho, enmendáros, y poneos de nuestro lado, para disponer las almas á la recepción de ese invento maravilloso con que Dios va á coronar á su criatura predilecta.

El globo, al ser dueño del aire, se convertirá en el soberano de la tierra. Poseer un globo, será mucho más que poseer cien cetros. Una noche oscura, una ascensión inesperada de un soldado, que conduzca en la barquilla bombitas de cristal, explosivas é incendiarias, es la destrucción instantánea de un palacio, de una capital, de un campamento. Este poder en manos de un malvado, de un desesperado, de un vengador, es el fin de una dinastía, de un reino, de una civilización. Hacer desaparecer el Kremlin es obra de diez minutos. Destruir San Pedro, el Vaticano y Roma, cuestión de un cuarto de hora.

¿Qué serán para el globo las fronteras? Nada. Las más formidables y naturales, como son las grandes cordilleras, los Alpes, los Pirineos, las dejará á sus pies perdidas en la sombra. ¿Qué un brazo de mar, como el que tan orgullosa y egoísta hace á Inglaterra?—Una franja azul que allá en lo profundo le sirve de jalón.

El globo es incompatible con la religión del odio y con la política del aislamiento. El globo establecerá este dilema: amarse ó perecer, federarse ó morir. El globo, en fin, señor de los aires, es el Arcángel que viene á promulgar esta ley definitiva: sed hombres, porque conservar un solo instinto de la fiera es la destrucción general.

Los que servís de valladar al progreso moral de los pueblos; los que sostenéis las enemigas religiones positivas; los que hacéis befa de la igualdad, manteniendo los poderes personales; los que escarnecéis la fraternidad aislando los pueblos y lanzándolos armados los unos contra los otros; los que prostituís la justicia estableciendo cargas y privilegios; los que, en suma, negáis la libertad humana y el progreso, ¡deteneos! El progreso material ha dado un paso gigantesco, de ser verdad la dirección de los globos, y precisa que el progreso moral se acelere con rapidez vertiginosa para ponerse á su nivel. No embrolléis esta ecuación fatal. Perceceréis vosotros y nosotros. El globo está sobre todos diciendo: Amor ó Muerte, Justicia ó Destrucción, Libertad ó Aniquilamiento.

¡Pensad en ello!

ZOOLOGÍA COMPARADA

Señorito de salón,
que con la moda se hermana,
escasó de americana
y cortó de pantalón;
que lleva siempre el bastón
en dos dedos suspendido;
que al dar la mano, al descuido,
la sacude junto al pecho,
y á saltitos, muy derecho,
anda, porque es de buen tono...

¡Mono!

El aprovechado autor
que da por original
lo que traduce muy mal
y lo que arregla peor;
incansable bullidor
de cafés y de escenarios,
pesadilla de empresarios,
que hace suya cualquier obra,
y muy orondo la cobra;
secuestrador sin trabuco...

¡Cuco!

Político de ocasión,
gala de los habladores,
que ha mudado más colores
que muda el camaleón:
Pancista de profesión,
que salta por cualquier brecha,
de la izquierda á la derecha,
y de la derecha al centro,
y que en hallándose dentro
sólo en su provecho lucha...

¡Trucha!

Trovador de auras y flores,
que poeta unas botas
y vive robando notas
á los pobres ruiseñores;
que canta en verso á Dolores;
que llama linda á Ruperta,
aunque es jorobada y tuerta,
y vuela, entreabierto el pico,
del álbum al abanico,
trinando alegre y parlero...

¡Jilguero!

Editor de Barrabás,
que, práctico en arrastrarse,
si logra al genio enroscarse,
ya no lo suelta jamás;
sombra que corre detrás
de la inspiración que crea,
que compra *al peso* una idea,
y da, insultando á la fama,

una rosca por un drama
que ha de admirar á la gente...

¡Serpiente!

Público que se interesa
por comedias trasnochadas,
viejas viandas guisadas
en la cocina francesa;
público que sin sorpresa
en el mal gusto se vicia,
y que aplaude sin justicia
ó reprueba sin razón,
porque al ir á la función
pierde el sentido común...

¡Atún!

NADA

He recorrido los periódicos buscando la impresión vibrante, y ¡por qué no decirlo! esperando aún la voz de un pueblo que, saliendo de estúpido anonadamiento, preguntara:

—Pero ¿qué es esto? ¿A dónde nos lleváis? ¿No os asusta vuestra obra miserable? ¿No os da rubor?

Y me parecía ver en el silencio, villano por cobarde, de toda una nación que sufre sin protesta, millares de rostros abofeteados, estremecidos de pavor y de vileza; millares de espaldas azotadas, con el encogimiento que agita las ancas de la bestia bajo el azote del arriero.

Y en confuso tropel de imágenes, he visto pasar á la atezada caterva de los campos, estúpido el cerebro, los ojos hundidos y apagados, resultando de angustia bajo el sol; luego, la negra falange que vomita la honda cueva, trivitando el azogue que enriquece á un judío; ahogándose en un vaho de cobre, que tiñe el agua con reflejos de sangre; arrancando á zarpazos el bloque de hierro, que se desprende y aplasta; danzando, como legión de fantasmas negros, entre los resoplidos del grisú, en la atmósfera febril de los talleres, en el infierno titánico de las forjas...

Todo ese mundo de ruda miseria, de fuerza vital esclavizada, de noble razón embrutecida, ha pasado ante mí, con giro fantástico de pesadilla, con relieves duros de aparición formidable. Era el grito latente, el dolor positivo, la miseria injusta, la esclavitud irredimible y sin esperanza; era la enorme legión de eternos malditos, de miserables oprimos, que tallan facetas de diamante para las rameras descotadas...

Y busqué en la prensa la noticia vibrante; la voz del pueblo, aterrador en su soberbia grandeza, sublime en su cólera.

¡Nada! ¡Ni una protesta, ni un grito! ¡Nada!

LA COMPETENCIA

¿Sabéis lo que es competencia judicial? ¿No habéis oído decir que tal juez no es competente y que deben pasarse los autos ó la pieza P. al juez Q.? ¿No os han asegurado que el juez de aquí debe inhibirse en el asunto aquel? Todo esto os parecerá extraño, porque si un juez sabe hacer justicia, lo natural es que la haga en cualquier perturbación del orden jurídico. (¡Vaya una frasecilla!) Pero no ocurre así, y es natural que no ocurra.

La competencia se hace manifiesta en muchas ocasiones, y por consiguiente es preciso legislar acerca de las competencias.

Recuerdo un caso que os hará comprensible la competencia.

En un pueblo que no cito, por no faltar á la cita, se celebraba la fiesta de San Dimas, patrón del citado pueblo.

Hubo por la mañana gran función religiosa, y terminada ésta, los vecinos colocaron sus ofrendas en el altar mayor, con que este se llenó de monedas, aves, frutas, embutidos y algunas alhajas. Todos los objetos debían de ser vendidos en pública subasta, ó sea reducidos á moneda, sistema que yo aplaudo, porque de algún medio han de valerse para poder comer esos infelices que pasan su juventud estudiando una carrera que luego les obliga á ser el motivo de todas las murmuraciones, á morirse de hambre y á soportar con paciencia que cuatro zoquetes logren economatos y canongías, por la gratitud de una aristócrata penitente ó por las influencias afrodisiacas de una ama bien construida.

Terminada la misa, quedó la iglesia desierta; cerró el sacristán, y cuando á las tres de la tar de volvió á abrirla, hallóse con que San Dimas había desaparecido. Pero lo notable del caso es que el santo se había marchado con la limosna.

¡Consternación general en el pueblo! Se registraron las bodegas y las cámaras, pero no se encontró al santo. El juez municipal averiguó por su secretario que el hecho era algo más que una falta, y dió noticia de lo ocurrido al juez de instrucción. Este pidió ayuda al alcalde y á la fuerza municipal, y después de convenir en que existían los delitos de robo y secuestro, se ordenó á la Guardia civil que saliese en persecución del santo bendito. Pero, aquí de la competencia: el cura dice que el santo se ha llevado lo que es suyo y que ha ido por su santísima voluntad: que se habrá ido seguramente enojado por la impiedad del pueblo: que lo que se debe hacer es rezar fervoro-

samente y ofrecer al santo una ermita nueva si vuelve á consolar el quebranto de sus devotos. El juez dice que un santo no se va tan fácilmente de la peana. El cura sostiene que todo lo logra el poder de Dios. El alcalde afirma que los santos para nada quieren alcachofas y gallinas, pero el cura rectifica diciendo que San Dimas lo habrá dado todo á los pobres del camino. El juez envía á la Guardia civil en busca del santo y el párroco protesta y se va á la iglesia á rezar acompañado de todos sus consternados feligreses.

Al día siguiente, el santo seguía perdido y perdido siguió siempre. Los guardias civiles echaron la culpa al cura que les había hecho perder un tiempo precioso: el cura echó la culpa al juez, que con sus disposiciones descorteses, había enojado al fugitivo San Dimas; y los devotos se quedaron sin dádivas y sin patrono.

Ya sabéis, por consiguiente, lo que son competencias y los beneficios que proporcionan.

SILVERIO LANZA

DÍA DE FIESTA

Aquel domingo se levantó mi mujer muy temprano, casi al amanecer. La pregunté á qué se debía este milagro, y ella me respondió gozosa que era día de fiesta y teníamos que madrugar.

—¡Madrugar! ¿Y para qué?

—¡Toma! para irnos de paseo.

Me eché á reír. Pero ella, sin hacer caso de mi risa:

—¿Qué vestido te parece que me ponga?

Yo la miraba con ansias de enamorado, sin pronunciar palabra. ¡Cuidado que mi Carmen era bonita! Buenos deseos me daban de saltar de la cama y comérmela á besos, y estos deseos debían salirseme de los ojos, cuando ella me dijo con voz emocionada, riéndose, sin embargo:

—¿Qué me miras? ¡Parece que quieres comerme!

—Y vaya si me la hubiera comido!

Pero ella me interrumpió á lo mejor de mi delirio, gritando alegremente:

—¡Arriba, perezoso!

Y como yo tratara de protestar:

—¡Eso! ¡date tono! ¡Si tú tienes más ganas que yo!

Quise rebelarme, pero no me fué posible; mi mujer se dirigió á la cama, y tapándome la boca con una de sus manos, me repitió una frase que había aprendido sin duda en los *papeles*:

—¡Queda terminada esta discusión!

No tuve más remedio que someterme. Separé dulcemente de mis labios aquella manecita, que por lo fina parecía hecha de seda, y después de estrecharla un rato entre las mias y cubrirla de besos, salté de la cama.

Cogidos del brazo, como es usanza entre recién casados, nos dirigimos á la Florida.

Durante todo el camino fuimos charlando. ¡Qué placer más grande hablar por hablar!

Ella me escuchaba con mucha atención y me interrumpía á lo mejor para decirme:

—¡Pero cuánto sabes!

Por fin llegamos á la Florida. Aunque mi Carmen sentía algún cansancio, según me manifestó, quería ver al Santo antes de merendar (siempre había tenido gran predilección por San Antonio), y no hubo más remedio que entrar en la iglesia.

De seguro que si mis compañeros de taller me hubiesen visto, se hubieran aquella manecita, que por lo fina parecía hecha de seda, y después de estrecharla un rato entre las mias y cubrirla de besos, salté de la cama.

Después, merendamos. La verdad es que los dos teníamos buen apetito y que la tortilla de jamón y la ensalada de escabeche que comimos nos supo á gloria.

¡Eal ahora á dar otro paseo y á bailar un poco.

Por fin llegó la hora de retirarnos. Regresamos á pie y cogidos del brazo.

¡Qué corto se nos hizo el camino!

Cuando llegamos á casa, mi mujer me dice, suspirando lánguidamente, que está muy cansada.

Yo por hablar algo, y no sin mi majía de intención, digo que después de comer debemos acostarnos y que de esa manera se nos quitará el cansancio.

Y así lo hacemos.

Mi mujer apaga la luz para desnudarse. Es una costumbre que en los dos meses que llevamos de casados no he podido quitarle.

Antes de acostarse me dice riendo:

—¡Qué bien vamos á dormir esta noche!

Yo la contesto:

—¡Sí; qué bien vamos á dormir!

Y sin saber por qué me siento satisfecho de mí mismo, y le declaro á mi mujer que soy muy feliz, todo lo feliz que puede ser un hombre...

Ella se echó á reír:

—¡Sí; pero no tanto como yo!

MIGUEL SAWA

LIBROS

Los últimos tomos publicados por los editores Lezcano y C.^a, de Barcelona, corresponden por su mérito y presentación á los publicados anteriormente por esta importante casa editorial.

La mujer de todo el mundo, de Alejandro Sawa, es una de las novelas que más contribuyeron á la fama del notable y elegante escritor. En la nueva edición, corregida y revisada por el autor, la generación actual puede apreciar las dotes de un literato que, ya en sus comienzos, había producido libros de la intensidad y de la belleza del que nos ocupa.

La Reliquia, de Eça de Queiroz. El insigne novelista portugués hace gala y alarde de una gracia y *humour* inagotables, y pocos personajes tan sugestivamente ingeniosos y complicados á la vez como el licenciado Raposo, protagonista de la novela. La traducción, debida á los muy distinguidos escritores Camilo Bargiela y Francisco Villaspesa, es inmejorable.

Iván el imbécil, del conde León Tolstói. Una

nueva colección de novelitas cortas, de cuyo mérito está dicho todo con sólo citar el nombre del autor.

Esmeradamente impresos y con elegantes cubiertas, se hallan de venta estos tres tomos en todas las librerías, al precio de una peseta cada uno.

Almanaque Bailly-Baillière para 1902. Se ha puesto á la venta en todas las librerías, al precio de una peseta cincuenta céntimos, esta pequeña enciclopedia, que contiene, como en años anteriores, infinidad de grabados, artículos curiosísimos de ciencias y literatura, mapas en colores, regalos, etc.

De reconocida utilidad y necesidad es á todo el que quiera comer con economía, gusto y variedad. *La Agenda Culinaria*, que todos los años, por esta época, ponen á la venta los editores señores Bailly-Baillière é hijos.

Es necesario además en toda casa ordenada por su agenda para anotar el gasto hecho durante el día, etc.

Se vende en todas las librerías, encuadrada en cartón, al precio de 2 pesetas en Madrid y 2,50 en provincias.

La importante librería editorial de los señores Bailly-Baillière é hijos ha puesto á la venta la *Agenda de Bufete para 1902*.

Se halla de venta en las librerías, establecimientos de objetos de escritorio y bazares, variando su precio entre una y cuatro pesetas.

Se ha publicado la cuarta edición de *La elegancia en el trato social*, por la Vizcondesa Bestard de la Torre, el cual recomendamos á los diputados cursis de la mayoría.

ANUNCIOS HUMORISTICOS

La mano de aquella mujer era una joya cincelada en carne, ha dicho Victor Hugo. Esa mujer, aludida por el poeta, sin duda que compraba sus guantes en *Las Calatravas, Alcalá, 25*.

¡Qué grandes presupuestos hubiera hecho Urzáiz si hubiera buscado inspiración en la ginebra *El Ancla*!

La hora del placer, la hora de la felicidad, sólo la marcan los relojes de *D. Luis Ulled, Hortaleza, 58*.

¡Qué gran artista es la naturaleza! Pero mejor artista es *D. A. Vallejo, Alcalá, 17*, que hace los muebles más elegantes del mundo.

El regalo más práctico de Pascuas: asegurarse la vida en *La Equitativa de los Estados Unidos, Sevilla, 13*.

¡Qué vino más rico es el vino *Valgañón*! ¿Que dónde se vende? Pues en la gran Bodega del *Jalón, Caballero de Gracia, 36*.

Todo Madrid lo sabe: no hay quien haga retratos al platino como el gran fotógrafo *Jiménez, Cruz, 19*.

¡Elegantísimos! ¡Preciosos! ¡Ideales! (Frases de admiración de una dama contemplando el escaparate de la gran guantería de *G. Zurro, Carretas, 14*.)

Creedlo, amigos míos; no hay aguardiente en el mundo que pueda compararse con el aguardiente *El Hurón*. Y aquí está este cura que puede asegurarlo.

La Cosmopolite.

No hay competencia posible con este papel de fumar de puro hilo. Es el más higiénico de todos. Pedirlo en los estancos. Precio: 10, 15 y 20 céntimos. *Depósito, Farmacia, 3, principal.—Francisco Igual, Madrid*.

VINOS DE RIOJA

Tinto fino.....	0,50 botella.
Clarete superior.....	0,60 »
Rioja Medoc.....	0,75 »

En botellas con malla precintada.

SAN MATEO, 15, «BODEGA RIOJANA»

FRANCES, INGLES Y ALEMAN

Enseñanza de viva voz de dichos idiomas por profesores naturales de los respectivos países.

Sistema con ilustraciones, unico en España.—Clases generales, 10 pesetas mensuales.

Ecole Moderne de langues vivantes.

CABALLERO DE GRACIA, 22, PRAL.

CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETAÑA

Plaza de Santa Ana, núm. 1.

Sucursales, Fuencarral, 102, y Preciados, 7.

VENTA Á PLAZOS Y AL CONTADO

DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas.

Número suelto, 15 cts.; atrasado, 30.

A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, calle de las Pozas, 12.